



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

Móviles que me han guiado para escribir este libro.

Antes de dar principio al trabajo que tengo la satisfacción de presentar al público, precisa que diga unas cuantas palabras sobre los móviles que me han guiado al publicarlo.

Empezaré por exponer la evolución que han sufrido mis ideas á medida que se han desarrollado los acontecimientos derivados del actual régimen político de la República, y en seguida trataré de estudiar con el mayor detenimiento posible, las consecuencias de este régimen, tan funesto para nuestras instituciones.

Como la inmensa mayoría de nuestros compatriotas que no han pasado de los 50 años (¡dos generaciones!) vivía tranquilamente dedicado á mis negocios particulares, ocupado en las mil futilidades que hacen el fondo de nuestra vida social, estéril en lo absoluto!

Los negocios públicos poco me interesaban, y menos aún me ocupaba de ellos, pues acostumbra-

do á ver á mi alrededor que todos aceptaban la situación actual con estoica resignación, seguía la corriente general y me encerraba, como todos, en mi egoísmo.

Conocía por teoría los grandiosos principios que conquistaron nuestros antepasados, así como los derechos que nos aseguraban, legándonos en la Constitución del 57 las más preciadas garantías para poder trabajar unidos, por el progreso y el engrandecimiento de nuestra patria.

Sin embargo, esos derechos son tan abstractos y hablan tan poco á los sentidos, que aunque los veía claramente violados bajo el gobierno que conozco desde que tengo uso de razón, no me apercibía de la falta que me hacían, puesto que podía aturdirme dedicándome febrilmente á los negocios y á la satisfacción de todos los goces que nos proporciona nuestra refinada civilización.

Además, eran tan raras y tan débiles las voces de los escritores independientes que llegaban á mí, que no lograron hacer vibrar ninguna de mis fibras sensibles; permanecía en la impassibilidad en que aún permanecen casi todos los mexicanos.

Por otro lado, consciente de mi poca significación política y social, comprendía que no sería yo el que pudiera iniciar un movimiento salvador, y esperaba tranquilamente el curso natural de los acontecimientos, confiado en lo que todos afirmaban: que al desaparecer de la escena política el señor General Porfirio Díaz, vendría una reacción en favor de los principios democráticos; ó bien, que alguno de nuestros pro-hombres iniciara al-

guna campaña democrática, para afiliarme en sus banderas.

La primera esperanza la perdí cuando se instituyó la Vicepresidencia en la República, pues comprendí que aún desapareciendo el General Díaz, no se verificaría ningún cambio, pues su sucesor sería nombrado por él mismo, indudablemente entre sus mejores amigos, que tendrán que ser los que más simpaticen con su régimen de Gobierno. Sin embargo, la convocatoria para una Convención por el Partido que se llamó en aquellos días Nacionalista, hacía esperar que, por lo menos, el candidato á la Vicepresidencia, sería nombrado por esa Convención. No fué así, y la convocatoria resultó una farsa, porque después de haber permitido á los delegados que hablaran de sus candidatos con relativa libertad, se les impuso la candidatura oficial del señor Ramón Corral, completamente impopular en aquella asamblea, la cual fué recibida con ceceos, silbidos y sarcasmos.

Entonces comprendí que no debíamos ya esperar ningún cambio al desaparecer el General Díaz, puesto que su sucesor, impuesto por él á la República, seguiría su misma política, lo cual acarrearía grandes males para la patria, pues si el pueblo doblaba la cerviz, habría sacrificado para siempre sus más caros derechos; ó bien, se erguiría enérgico y valeroso, en cuyo caso tendría que recurrir á la fuerza para reconquistar sus derechos y volvería á ensangrentar nuestro suelo patrio la guerra civil con todos sus horrores y funestas consecuencias.

En cuanto al prohombre que iniciara algún movimiento regenerador, no ha parecido y hay que perder las esperanzas de que parezca, pues en más de treinta años de régimen absoluto, no se han podido dar á conocer más prohombres que los que rodean al General Díaz, y esos no pueden ser grandes políticos, ni mucho menos políticos independientes; tienen que ser forzosamente hombres de administración, que se resignen á obrar siempre según la consigna, pues sólo así son tolerados por nuestro Presidente, que ha impuesto como máxima de conducta á sus Ministros, Gobernadores, y en general á todos los ciudadanos mexicanos, la de *poca política y mucha administración*, reservándose para él el privilegio exclusivo de ocuparse en política, á tal grado, que para los asuntos que conciernen á este ramo de gobierno, no tiene ningún consejero; sus mismos Ministros ignoran con frecuencia sus intenciones.

No hablaré del movimiento político por medio de clubs liberales, iniciado por el ardiente demócrata y estimado amigo mío, Ing. Camilo Arriaga, porque ese movimiento fué sofocado en su cuna con el escandaloso atentado que se verificó en San Luis Potosí, y no tuvo tiempo de conmover profundamente á la República. Sin embargo, conviene recordar la rapidez con que se propagó y se ramificó pues es uno de tantos argumentos en que me apoyaré para demostrar que es un error creer que no estamos aptos para la democracia y que el espíritu público ha muerto.

Por estos acontecimientos comprendí que los as-

pirantes á un cambio en el sentido de ver respetada nuestra Constitución, nada podíamos esperar de arriba y no debíamos confiar sino en nuestros propios esfuerzos.

Sin embargo, el problema para reconquistar nuestros derechos se presentaba de difícilísima solución, sobre todo para los que, satisfechos como yo, de la vida, encerrados en su egoísmo y contentos con que se les respetaran sus bienes materiales, no se preocupaban grandemente en estudiar tal problema.

Ese indiferentismo criminal, hijo de la época, vino á recibir un rudo choque con los acontecimientos de Mousterrey el 2 de Abril de 1903.

Hasta aquella época permanecí casi indiferente á la marcha de los asuntos políticos, y casi casi á la campaña política que sostenían los neoleonenses, cuando me llegaron noticias del infame atentado de que fueron víctimas los opositores al verificar una demostración pacífica, que resultó grandiosa por el inmenso concurso de gente y que tuvo un fin trágico debido á la emboscada en que cayó

Ese acontecimiento, presenciado por algunos parientes y amigos míos que concurrieron á la manifestación, me impresionó honda y dolorosamente.

Con este motivo, el problema se presentaba aun más difícil, pues claro se veía que el gobierno del Centro estaba resuelto á reprimir con mano de hierro y aun ahogar en sangre cualquier movimiento democrático. Y digo el "gobierno del centro," porque éste supo todo lo que pasó en Mon-

terrey, quizás se hizo con su acuerdo previo, y por último, absolvió á aquel á quien acusaba la vindicta pública de tan horrendo crimen.

Sin embargo, si el problema se presentaba cada vez más difícil, empezaba á sentirse la falta de esas garantías que nos otorga la Constitución. Algunos amigos míos y yo, llenos de noble indignación, pudimos percibir distintamente los fulgores siniestros de aquel atentado, que con su luz, tinta en sangre, alumbraba nuestras llagas, y comprendimos que el sutil veneno invadía lentamente nuestro organismo y que si no nos esforzábamos en ponerle remedio enérgico y eficaz, pronto nuestro mal sería incurable. y debilitados por él, no tendríamos fuerzas para luchar contra alguna de las huracanadas tempestades que nos amenaza y estaríamos expuestos á sucumbir al primer soplo del vendabal, peligrando hasta nuestra nacionalidad.

Una vez que esta convicción echó raíces en nuestra conciencia, comprendimos que era deber de todo ciudadano preocuparse por la cosa pública, y que el temor ó el miedo que nos detenía, era quizás infundado; pero seguramente humillante y vergonzoso.

Por estas razones, nos formamos el propósito de aprovechar la primera oportunidad que se presentara, para unir nuestros esfuerzos á los de nuestros conciudadanos, á fin de principiar la lucha por la reconquista de nuestras libertades.

Esa oportunidad se presentó con motivo de las elecciones para Gobernador del Estado, el año 1905.



Para dar principio á la campaña electoral, organizamos un Club político denominado "Club Democrático Benito Juárez," que pronto fué secundado por numerosos Clubs, que se ramificaron por todo el Estado, y los cuales siempre nos prestaron una ayuda eficaz, luchando con serenidad y estoicismo admirables, contra toda clase de atentados y persecuciones de que fueron víctimas.

Siguiendo las costumbres americanas, no quisimos lanzar ningún candidato, sino que convocamos á una Convención electoral que se verificó en la capital de la República, porque algunos temían que aquí en el Estado no tuviésemos bastantes garantías. En esta Convención se aprobó lo que en los E. U. se llama "plataforma electoral," ó sea el plan político á que debía sujetar sus actos el nuevo gobierno en caso de que nuestro partido triunfara. En ese plan se establecía el principio de no-reelección para el Gobernador y Presidentes Municipales y se apremiaba al nuevo mandatario para que dedicara todos sus esfuerzos al fomento de la Instrucción Pública, sobre todo á la rural, tan desatendida en nuestro Estado y en toda la República; igualmente se trataban otros puntos de buena administración.

Una vez aprobado el plan político, se procedió á la elección de candidato entre los varios que fueron presentados y calurosamente sostenidos por diferentes grupos.

Terminado el cómputo de votos, un atronador aplauso saludó el nombramiento del agraciado.

Ya no había más que un solo grupo, que con su esfuerzo unánime estaba resuelto á trabajar por el triunfo de su candidato. La Convención tuvo gran resonancia, no solamente en la Capital, sino en toda la República, pues venía á hablar el lenguaje de la libertad, que casi se ha llegado á considerar exótico en la patria de Juárez, Ocampo, Lerdo, Arriaga, Zarco y tantos otros ilustres patricios cuyo recuerdo aún nos hace vibrar de entusiasmo y revive nuestro patriotismo.

Una vez terminados los trabajos de la Convención, se dispersaron los miembros, y todos en perfecta armonía siguieron trabajando por el nuevo candidato.

La opinión del Estado se había uniformado por completo, debido á los trabajos de la prensa independiente, al grandísimo número de clubs que se instalaron, y sobre todo al de la Convención, á la cual concurrieron más de 100 representantes de todo el Estado, y se mostraba unánime en favor de nuestro candidato.

A pesar de lo expuesto, llegado el día de las elecciones, nos encontramos con todas las casillas ya instaladas por el elemento oficial, y sostenidas con gente armada y con fuerza de policía.

Esto no constituyó un obstáculo para que nuestro triunfo fuera completo en algunos pueblos; pero este esfuerzo fué nulificado en las juntas de escrutinio por las chicanas oficiales.

Este atentado contra el voto público no tenía

ejemplo en nuestra historia, y nosotros no encontramos otro camino que el de levantar enérgicas protestas para que supiera la Nación entera cómo se respetaba la ley electoral en nuestro Estado.

A nosotros nos hubieran sobrado elementos para hacer respetar nuestros derechos por la fuerza y sin que hubiera habido derramamiento de sangre; á tal grado estaba uniformada la opinión y desprestigiada la administración del Lic. Cárdenas; pero sabíamos que al día siguiente de obtenido el triunfo, tendríamos que sostener una lucha tremenda contra el gobierno del Centro, que de modo ostensible apoyaba la candidatura oficial, y retrocedimos ante esa idea, no por miedo, sino por principio; porque no queremos más revoluciones, porque no queremos ver otra vez el suelo patrio ensangrentado con sangre hermana, porque tenemos fe en la democracia. Los triunfos que se obtienen por el sistema democrático, son más tardíos, pero más seguros y más fructíferos, como procuraré demostrarlo en el curso de mi trabajo.

Casi al mismo tiempo que nosotros y en otro extremo de la República, en el Estado de Yucatán, se había entablado una lucha semejante. El resultado fué el mismo, pues triunfó la candidatura oficial. A la vez, hubo movimientos opositoristas en otros Estados; pero no tan bien organizados como los de Coahuila y Yucatán.

Durante esa campaña política, claramente nos convencimos de la simpatía con que eran vistos en toda la República los esfuerzos que hacían los demás Estados y el nuestro para libertarnos de la

tutela del Centro y nombrar independientemente mandatarios, haciendo respetar la soberanía de los Estados según el Pacto Federal.

Sin embargo, esas simpatías no podían menos que ser platónicas, pues no tenían ningún medio legal de qué valerse para ayudarnos en la lucha que sosteníamos con el gobierno del Centro, quien estaba resuelto á emplear la fuerza para imponer su voluntad.

* * *

Hondas reflexiones nos sugirieron estos acontecimientos, que fueron para nosotros una gran enseñanza y proyectaron luz vivísima sobre el problema cuya solución cada día nos apasionaba más; esa temporada de lucha había templado nuestro carácter, nos había puesto frente á frente con los grandes intereses de la patria, tan seriamente amenazados, había sacudido ese letargo en que desde tantos años yacíamos, y nos había hecho vibrar al unísono de nuestros grandes hombres, cuyos ejemplos habíamos tomado por modelo y nos esforzábamos en imitar.

Comprendimos que la lucha de cada Estado aislado, en contra de la influencia del Centro, tendría que fracasar, y nos propusimos esperar una oportunidad propicia para luchar en condiciones más ventajosas.

Yo propuse un proyecto para la formación desde entonces del "Partido Nacional Democrático," principiando por declarar nuestros clubs "perma-

entes;" pero muchos amigos me hicieron comprender que no era oportuno, porque una lucha tan larga nos hubiera aniquilado antes de llegar á las siguientes elecciones, sin obtener ningún resultado práctico.

Además de esas razones, tomé en consideración una muy importante, y es el carácter de nuestra raza, que es de suyo impulsivo, capaz de un gran esfuerzo en un momento dado, pero incapaz de sostener una lucha prolongada. Me refiero á las luchas en el terreno de las ideas, que con las armas en la mano, sí ha dado pruebas de inquebrantable constancia al tratarse de conquistar su independencia ó defender su soberanía.

Por esos motivos desistí de mi proyecto, que fué publicado en algunos de los periódicos independientes, y aún defendido por alguno de los que más se distinguieron en aquella época con la firmeza de sus principios y lo rudo de sus ataques contra el centralismo y absolutismo.

Una vez desechado ese proyecto, resolvimos esperar la siguiente campaña electoral, que tendría verificativo el año 1909, para hacer otro esfuerzo que quizá tendría mayores resultados por estar tan cerca las elecciones para Presidente de la República, con cuyo motivo es posible que se organice el Gran Partido Nacional Democrático, ramificado en toda la Nación y con el cual nos fundiríamos para luchar por los mismos principios, enlazando de ese modo nuestra campaña local con la general de la República.

De este modo lucharemos más ventajosamente;

pues si se organizan en varios Estados movimientos democráticos semejantes al nuestro, dependiendo todos de una Junta Central nombrada oportunamente por delegados de toda la Federación, se podrán obtener resultados muy importantes, y al resolverse la gran cuestión presidencial, quedarán resueltas las locales de los Estados.



Como un movimiento de esa naturaleza casi no tiene precedente en nuestra historia, ó por lo menos en estos últimos treinta años, me ha parecido de gran importancia publicar el presente trabajo para divulgar la idea, demostrando su viabilidad y los grandes beneficios que acarreará al país la formación de un Partido Nacional Independiente.

Principiaré por estudiar las causas que han traído sobre nuestro país el actual régimen de centralismo y absolutismo, á fin de no recaer en aquellas faltas que tan funestas consecuencias nos han acarreado.

Esas causas no fueron sino las continuas revoluciones, que siempre dejan como triste herencia á los pueblos, las dictaduras militares, las cuales tienen efectos diversos según su naturaleza.

Cuando son francas y audaces, no tienen otro efecto que el de marcar un paréntesis en el desenvolvimiento democrático de los pueblos, después del cual viene una poderosa reacción que restablece la libertad en todo su esplendor, y al pueblo en el uso de sus derechos

En cambio, cuando la dictadura se establece en el fondo y no en la forma, cuando hipócritamente aparenta respetar todas las leyes y apoyar todos sus actos en la Constitución, entonces va minando en su base la causa de la libertad, los ciudadanos se ven oprimidos suavemente por una mano que los acaricia, por una mano siempre pródiga en bienes materiales; entonces con facilidad se doblegan, y ese ejemplo, dado por las clases directoras, cunde rápidamente, al grado de que pronto llega á considerarse el servilismo como una de las formas de la cortesía, como el único medio de satisfacer todas las ambiciones las ambiciones que quedan cuando se ha destruído en los ciudadanos la noble ambición de trabajar por el progreso y el engrandecimiento de la patria, y sólo se les ha permitido y fomentado la de enriquecerse, la de disfrutar de todos los placeres materiales.

Estos placeres llegan á ser el único campo de actividad para los habitantes de un país oprimido, puesto que, no habiendo libertad, les están vedados los vastísimos campos que ofrecen las prácticas democráticas, que son las que necesita el pensamiento para elevarse sereno á las alturas donde se encuentra la clarividencia necesaria para discurrir sobre los negocios públicos. La consecuencia inmediata es el enervamiento de los pueblos, la muerte en su germen de las nobles aspiraciones, la pérdida de la idea, de su responsabilidad para con la patria, resultando que cuando llegan los momentos de supremo peligro, el pueblo permanece indiferente, la patria se encuentra sin defensores, porque

sus hijos la han olvidado y la dejan caer inerte bajo los golpes del invasor extranjero.

Los que llevan una vida regalada, tranquila, indiferente, entregados á las mil diversiones que proporcionan las bagatelas que acompañan á nuestra civilización; los que sólo se preocupan por su bienestar material, encontrarán sin duda, que soy un espíritu pesimista, que veo todo con colores demasiado sombríos. Pero que esas personas se tomen la molestia de hojear la historia, y verán la suerte que han corrido los pueblos que se han dejado dominar, que han abdicado de todas sus libertades en mano de un sólo hombre; que han sacrificado la idea de patriotismo, sinónimo de abnegación, á la del más ruin de los egoísmos; que han dejado de preocuparse de la cosa pública, para ocuparse exclusivamente de sus asuntos privados

Pues bien, esta es la situación porque atraviesa actualmente la República y me esforzaré en hacer su pintura con colores tan vivos, que logre comunicar mi zozobra é inquietud á todos mis compatriotas, con el objeto de que hagamos todos unidos un vigoroso esfuerzo para detener á nuestra patria en la pendiente fatal por donde la impulsan los partidarios del actual régimen de cosas.

También procuraré estudiar fríamente el modo como podrían organizarse los elementos que tengan el deseo de colaborar á tan magna obra, y las probabilidades de éxito de un partido que se organizara con tal fin.

Las probabilidades son inmensas, pues un partido formado y cimentado sobre principios, tiene que

ser inmortal como los principios que proclama, pueden sucumbir muchos de sus miembros; pero el principio nunca sucumbirá y siempre servirá de faro para guiar los pasos de los que quieran trabajar por el bien de la patria; siempre servirá de punto de concentración á todas las ambiciones nobles, á todos los patriotismos puros. No pasa así con los partidos personalistas, que tienden á disgregarse si no á la muerte de su jefe, muy poco después.

Por todo lo cual afirmo que un partido constituido actualmente de acuerdo con las aspiraciones de la Nación é inspirado en los principios democráticos, tendría la seguridad de triunfar tarde ó temprano, pues si mientras viva el General Díaz este triunfo es difícil, no sucederá lo mismo al desaparecer él de la escena política; porque entonces será el único partido que se encontrará bien organizado, y organizado sobre bases firmísimas.

El principal objeto que perseguiré en este libro será hacer un llamamiento á todos los mexicanos, á fin de que formen este partido; que será la tabla de salvación de nuestras instituciones, de nuestras libertades y quizás hasta de nuestra integridad nacional.

Mi llamamiento se dirigirá igualmente hacia el hombre que por más de treinta años ha sido el árbitro de los destinos de nuestra patria.

Le hablaré con el acento sincero y rudo de la verdad, y espero que un hombre que se encuentra á su altura sabrá apreciar en lo que vale la sinceridad de uno de sus conciudadanos que no persigue otro fin que el bien de la patria.

Así lo espero, pues supongo que el General Díaz, habiendo llegado á disfrutar de todos los honores posibles, habiendo visto satisfechas todas sus aspiraciones y habiendo sentido por tanto tiempo el aliento envenenado de la adulación, tendrá deseos de oír la severa voz de la verdad, y no considerará como enemigos á los que tengan la virilidad necesaria para decírsela, para mostrarle el precipicio á donde va la patria y enseñarle también cuál es el remedio.

Parecerá que es presunción mía querer saber en estos asuntos más que el General Díaz, quien por tantos años ha estado al frente de los destinos del país; pero no tengo sino la convicción de que el General Díaz ha visto tan claro como yo en este asunto, y si no, allí están las declaraciones que hizo á Creelman, y más allá, remontáudonos hasta el origen de su gobierno, veremos que si tomó las armas contra los gobiernos de Juárez y Lerdo, fué precisamente porque juzgaba una amenaza para las instituciones democráticas la reelección indefinida de los gobernantes; y esto seguirá sucediendo, mientras no estén organizados los partidos políticos; pero fundados sobre principios que satisfagan las aspiraciones nacionales, y no personalistas, como los que actualmente existen en la República.

El hecho de que el General Díaz haya obrado en contra de sus principios, será uno de los que procuraré estudiar en el curso de mi trabajo; pero de cualquier modo que sea, queda en pié mi afirmación de que el General Díaz se da perfectamen-

te cuenta de que sería un bien para el país su retiro de la Presidencia. Pero existen fuerzas poderosas que lo retienen: su costumbre inveterada de mando, su hábito en dirigir á la Nación según su voluntad, y por otro lado la presión que hacen en su ánimo un sinnúmero de los que se dicen sus amigos y que son los beneficiarios de todas las concesiones, de todos los contratos lucrativos, de todos los puestos públicos donde pueden satisfacer su vanidad ó su codicia y que temen que un cambio de gobierno los prive del favor de que disfrutaban y que tan hábilmente saben explotar.

Esas son las causas porque quiere seguir al frente de los destinos del país el General Díaz, y lo dijo en una entrevista que se publicó en casi todos los periódicos y según la cual, contestando á las insinuaciones que le había hecho un pariente ó amigo suyo para que volviera á aceptar otra reelección había dicho: "por mi patria y por los míos, todo."

Como esta versión no fué desmentida oficialmente, debemos creerla cierta y no solo cierta, sino más sincera que la famosa entrevista con Creelman, pues está más de acuerdo con el lenguaje y sobre todo, con la política que ha observado el General Díaz. (1)

(1) Ya escrito lo anterior y para mandar los originales á la prensa, dió á luz el "Diario del Hogar" una importante carta del General Díaz, de la cual claramente se desprenden dos hechos principales: primero, que negó al señor Mata, que se dirigia á él en nombre de varios periodistas de la República, la entrevista que

También la Nación está ya acostumbrada á obedecer sin discutir las órdenes que recibe de su actual mandatario.

El General Díaz, acostumbrado á mandar, difícilmente se resolverá á dejar de hacerlo.

La Nación, acostumbrada á obedecer, tropezará aún con mayores dificultades para sacudir su servilismo.

Todo es, pues, cuestión de costumbres; pero costumbres que han echado tan hondas raíces en el suelo nacional, que no podrán desarraigarse sin causar en él profundas alteraciones; sin demandar esfuerzos gigantescos; sin necesitar la abnegada cooperación de todos los buenos mexicanos.

No por esto perdamos las esperanzas. Si la Nación llega á conmoverse en la próxima campaña electoral, si los partidarios de la democracia se unen fuertemente y forman un partido poderoso, es posible que se efectúe un cambio aún en el ánimo del General Díaz, pues el rudo acento de la patria agitada podrá conmover al caudillo de la Intervención y quizá logre que predominando en él el más puro patriotismo, siga la vía que éste le señala y haga á un lado las pequeñeces, las miserias que podrían desviarlo de prestar á su patria el servicio más grande que nunca le ha prestado:

solicitaba para un escritor mexicano, con objeto de tratar sobre la cuestión presidencial, habiendo observado una conducta diametralmente opuesta con un periodista norteamericano; y en segundo lugar, insinuaba que si aceptará otra reelección; así es que viene á corroborar lo que afirmo: que el General Díaz desea seguir ocupando la silla presidencial.

el de dejarla libre para que se dé un gobierno según sus aspiraciones y según sus necesidades.

Hay otras razones de gran peso y que el General Díaz ha de tomar en consideración

El que ha gobernado á la República Mexicana por más de treinta años y enlazado toda su vida á sus más importantes acontecimientos, y que se acerca á los ochenta años, pertenece más á la historia que á sus contemporáneos, y debe preocuparse más del fallo de aquélla, que de satisfacer la insaciable avaricia de los que sólo persiguen el medro personal en la adulación que le prodigan, de los que sólo piensan en ELLOS MISMOS, sin preocuparse no solamente por la patria, pero ni siquiera por el prestigio de su administración.



Por más que una literatura malsana, basada en la mentira y la hipocresía ha querido desviar el criterio nacional, no lo ha logrado. En nuestra patria sólo tiene eco la verdad; sólo ella conmueve los ánimos, despierta las conciencias dormidas, enciende el fuego del patriotismo, que por fortuna aún se encuentra latente en las masas profundas de la Nación, á donde no ha llegado la corruptura influencia de la riqueza y del servilismo.

Por este motivo espero que mi voz será oída, porque será la voz de la verdad; será la voz de la patria aflijida que reclama de sus hijos un esfuerzo para salvarla

Me repugna hablar de mi humilde personali-

dad, y en el curso de este trabajo lo haré sólo cuando sea indispensable; creo, sin embargo, que en este lugar debo hacer una declaración, pues antes que todo debo ser leal.

Pertenezco, por nacimiento, á la clase privilegiada; mi familia es de las más numerosas é influyentes en este Estado, y ni yo, ni ninguno de los miembros de mi familia tenemos el menor motivo de queja contra el General Díaz, ni contra sus ministros, ni contra el actual Gobernador del Estado, ni siquiera contra las autoridades locales.

Los múltiples negocios que todos los de mi familia han tenido en los distintos ministerios, en los tribunales de la República, siempre han sido despachados con equidad y justicia

Esto no ha variado ni después de la campaña electoral de 1905 para Gobernador del Estado, en la cual yo tomé una parte muy activa afiliado en el partido independiente. Como nunca me ha gustado valerme de convencionalismos, en los artículos que con aquel motivo escribí, atacé la política centralizadora y absolutista del General Díaz.

Hay más: cuando estaba más acre la campaña, las autoridades del Estado dictaron orden de aprehensión contra mí; pero antes de ejecutarla pareció que llegó orden del Centro de que se me respetara, pues ni siquiera lo intentaron, á pesar de que por muchas personas supe que había llegado esa orden, lo cual pude comprobar después por fuente fidedigna.

Aunque á mí no me atemorizaba la prisión, por-

que no ésta, sino las causas que llevan allí son las que manchan, no por eso dejo de agradecer que se me hiciera justicia en aquel caso.

Por lo expuesto, ningún odio personal, ni de familia, ni de partido me guía á escribir este libro.

En lo particular, estimo al General Díaz y no puedo menos de considerar con respeto al hombre que fué de los que más se distinguieron en la defensa del suelo patrio, y que después de disfrutar por más de treinta años el más absoluto de los poderes, haya usado de él con tanta moderación; acontecimiento de los que muy pocos registra la historia. Pero esa alta estimación, ese respeto, no me impedirán hablar alto y claro, y precisamente porque tengo tan elevado concepto de él, creo que estimará más mi ruda sinceridad, que las galantes adulaciones que quizá ya lo tengan hastiado.

Los numerosos miembros de mi familia siguen la corriente general por donde van encauzadas las energías de la Nación: dedican sus esfuerzos y su fortuna al desarrollo de la agricultura, la industria, la minería, y gozan de las garantías necesarias para el fomento de sus empresas. Además, desde que mi abuelo, el señor Don Evaristo Madero, se retiró del gobierno de este Estado el año 1884, sólo se ha ocupado accidentalmente de la política local, por lo que puede decirse que mi familia no se ocupa de los negocios públicos, estando en este caso, como todos los que no disfrutaban de puestos gubernativos ni militan en los escasísimos rangos de la oposición, casi exclusivamente compuestos de periodistas independientes, que con

abnegación rara han luchado defendiendo palmo á palmo la Constitución y los ideales democráticos.

Tampoco pertenezco á ninguno de los partidos militantes, que son el *Reyista* y el *Científico*. No me guía, pues, ninguna pasión baja, y si juzgo con dureza los resultados del gobierno absoluto que ha implantado el General Díaz, es porque así me lo dicta mi conciencia.

Por lo demás, me someto de antemano al fallo del gran juez en estas cuestiones: á la opinión pública. Ella dirá si mi palabra tiene el acento de la verdad, inspirada en los verdaderos intereses de la patria, ó el de la torpe mentira, encaminada á desviar los esfuerzos de los mexicanos del noble fin á que deben dirigirlos.

El único sentimiento que me guía, será el amor á la patria, y aunque éste es casi siempre vehemente y entusiasta, procuraré reprimir mis impulsos de vehemencia y entusiasmo para no parecer exagerado.

A pesar de este propósito, dudo mucho que al describir algunas de nuestras llagas pueda contener las amargas quejas de mi alma; que al hablar de las grandes infamias que se han cometido bajo este régimen, pueda comprimir la irritada vehemencia de mi indignación.

También será necesario tomar en consideración que no soy el historiador frío, sereno y desapasionado que trata los acontecimientos importantes después de transcurridos muchos años, con datos oficiales y otros de no menor importancia, y que

juzga los hechos por sus resultados; sino el pensador que ha descubierto el precipicio hacia donde va la patria, y que con ansiedad se dirige á sus conciudadanos para enseñarles el peligro; que debe hablar alto, muy alto, para ser oído; que quiere pintar la situación con colores tan vivos, que logre representarla palpitante y amenazadora, como realmente es; que necesita hablar con vehemencia, para sacudir fuertemente á este pueblo, otras veces heroico y que ahora ve con criminal indiferencia los atentados más inícuos contra su libertad. contra sus sagradas prerrogativas de ciudadanía y, lo que es peor, contra los inviolables derechos del hombre. Hoy, con mirada estúpida ó indiferente, ve pasar por sus centros populosos rebaños de carne humana, rebaños que van á la esclavitud, sin que un grito de indignación brote de sus pechos congelados por el terror, sin que una mirada compasiva los acompañe en su cautiverio. . . . Pero no, esto no es cierto; no puede serlo. Sí, sí han causado indignación tan repugnantes espectáculos; pero el egoísmo y el miedo han reprimido los gritos próximos á estallar; sí, sí ha habido miradas compasivas para aquellos desdichados; pero han sido ocultadas cuidadosamente para no provocar con ellas las iras de sus verdugos.

* * *

Para escribir este trabajo, voy á tropezar con grandes dificultades, porque es sumamente difícil apreciar los acontecimientos contemporáneos en

su justo valor, pues además de que se necesita un criterio muy amplio y muy superior al mío, se necesita igualmente desprenderse por completo de las pasiones que agitan tanto á aquel que tiene sus ideales bien definidos y se preocupa por el progreso de la patria, como al que sólo persigue el medio personal ó está impulsado por cualquier sentimiento bajo y despreciable.

Además, en muchos casos me faltarán datos oficiales para poder hacer alguna afirmación, así como para narrar con fidelidad algunos hechos importantes. En ambos casos, tendré que atenerme á lo que dice la voz pública, y en vez de hacer afirmaciones rotundas, sentaré los hechos como muy probables.

Por último la situación que atraviesa actualmente nuestra patria, es única en su historia, y para estudiarla no debemos buscar su analogía en nuestro turbulento pasado, desde que conquistamos nuestra independencia, ni tampoco en la sepulcral época de los Virreyes, sino en la historia de otros pueblos que, abdicando - como nosotros lo hemos hecho—de sus libertades en favor de alguno de sus gobernantes, han tenido que sufrir las tremendas consecuencias de su debilidad, porque no hay que olvidarlo: "En los atentados contra los pueblos, hay dos culpables: el que se atreve, y los que permiten; el que emprende y los que permiten que se emprenda contra las leyes, el que usurpa y los que abdican." (*)

(*) M. Beule. "El Proceso de los Césares"

A pesar de todas estas grandes dificultades y de los peligros que aquí en México corre todo escritor independiente, no he vacilado en abordar esta ardua empresa. Para vencer las dificultades enumeradas, procuraré siempre obrar con imparcialidad y patriotismo, y con eso habré cumplido mi deber, que es siempre relativo á nuestro grado de adelanto, de ilustración, de moralidad, y nadie está obligado á dar más de lo que tiene. En cuanto á arrostrar los peligros referidos, mi contestación invariable á los amigos que me hablan de ellos con el ánimo de disuadirme de mi empresa, ha estado siempre encerrada en el siguiente dilema: "O bien no es cierto que el peligro sea tan grande, y en tal caso tenemos alguna libertad aprovechable para trabajar por el provecho de nuestra patria procurando la formación de un Partido Nacional Independiente; ó bien es real el peligro, lo cual demuestra que no hay ninguna libertad, que nuestra Constitución es burlada, que nuestras instituciones son holladas, que la opresión ejercida por el gobierno es insoportable; y en esos casos supremos, cuando la libertad peligrá; cuando las instituciones están amenazadas; cuando se nos arrebató la herencia que nos legaron nuestros padres y cuya conquista les costó raudales de sangre, no es el momento de andar con temores ruines, con miedo envilecedor, hay que arrojarse á la lucha resueltamente, sin contar el número ni apreciar la fuerza del enemigo, de esta manera lograron nuestros padres conquistas tan gloriosas, y necesitamos observar la misma conducta, seguir su noble ejem-

plo para salvar nuestras instituciones del naufragio con que las amenazan las embravecidas olas de la tiranía, que pretenden hacer de ellas su presa y sumergirlas en el abismo insondable del olvido.”

San Pedro, Coahuila, Octubre de 19 8

FRANCISCO I. MADERO